

MANUAL
PARA **VIVIR** EN
LA **ERA** DE LA
INCERTIDUMBRE

ANTONIO
GARRIGUES
WALKER

Con la colaboración de

ANTONIO GARCÍA MALDONADO

DEUSTO

Manual para vivir en la era de la incertidumbre

ANTONIO GARRIGUES WALKER

**Con la colaboración
de Antonio García Maldonado**



EDICIONES DEUSTO

© Antonio Garrigues Walker, 2018

© Editorial Planeta, S.A., 2018

© de esta edición: Centro de Libros PAPP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2997-4

Depósito legal: B. 24.214-2018

Primera edición: noviembre de 2018

Preimpresión: pleka sep

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91.702.19.70 / 93.272.04.47.

Sumario

Preámbulo	9
A modo de justificación	11

PRIMERA PARTE

El malestar global

1. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?	
El final de la Guerra Fría	23
2. El cambio tecnológico	31
3. La globalización	55
4. Una revolución mediática	77

SEGUNDA PARTE

Manifestaciones del malestar

- 5. *Brexit*, Trump y el auge del populismo 91
- 6. La crisis de los partidos y la democracia global 109
- 7. Auge de China y repliegue nacionalista. 119
- 8. El avispero árabe-musulmán 135
- 9. Desigualdades y migraciones 163

TERCERA PARTE

Razones para no decaer

- 10. Hacia la madurez digital 177
- 11. Crisis de la democracia 189
- 12. El ascenso de China. 193
- 13. La desigualdad económica. 199
- 14. El cambio climático como reto global 205
- 15. Una sociedad civil global 209

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? El final de la Guerra Fría

Es conocida la respuesta que el *premier* chino Zhou Enlai le dio a Henry Kissinger cuando el secretario de Estado de Nixon le preguntó por el impacto de la Revolución francesa en la historia: «Aún no tenemos perspectiva histórica para saberlo». Habían pasado más de dos siglos. La anécdota refleja bien dos cosas. Por un lado, muestra la distinta concepción del tiempo de las culturas orientales y, por otro, expresa una cautela analítica que todos los que asumimos el riesgo de dar una opinión deberíamos tener presente. Por eso, la respuesta al nombre del presente capítulo será más tentativa que contundente. No hay duda de que para reflexionar sobre el malestar nos falta perspectiva histórica. Por otro lado, las angustias del presente no nos permiten esperar a que pasen los siglos para así tener una visión clara de los acontecimientos.

Con esta cautela quiero referirme al hecho de que mi aproximación es más la del ensayista y observador que la

del científico social. No son incompatibles, pues lo cualitativo y lo cuantitativo, lejos de excluirse, se complementan. Además, estas páginas, como en general todos los juicios que hago sobre distintos temas en mi vida profesional y cotidiana, están fundamentadas en las lecturas de libros analíticos, informes jurídicos, económicos o sociológicos.

La dificultad con el origen del actual malestar reside en que hablamos de percepciones y sensaciones, no de hechos siempre medibles. A la pregunta de por qué se ha extendido una sensación de derrotismo, malestar y declive en el mundo occidental se podría responder de muchas maneras y, por lo tanto, de ninguna de forma totalmente satisfactoria. ¿Es culpable la crisis financiera que comenzó con la caída de la entidad financiera Lehman Brothers en 2007? Sin duda la crisis económica generalizada que provocó ha influido. Pero, como mencionaba en la introducción, cabía esperar que el humor social cambiara con la vuelta del crecimiento. Ya sabemos que no ha sido así. Las economías occidentales llevaban muchos trimestres seguidos creciendo cuando en 2016 Estados Unidos eligió al excéntrico Donald Trump como presidente, y cuando los británicos aprobaron en referéndum abandonar la Unión Europea.

La crisis financiera, por otro lado, no es más que el estallido hipertrofiado de unas tendencias de fondo que abarcaban cuestiones mucho más profundas y anteriores. Entre ellas, la cultura del dinero barato que la Reserva Federal de Estados Unidos (FED) propició con tipos de interés históricamente bajos tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. La autoridad monetaria

temía que el *shock* de los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono produjeran una recesión. Lo que acabó propiciando fueron burbujas que hemos pagado casi todos a nivel global. No quiero con esto responsabilizar a la FED de un caos económico en el que todos los países tuvieron su cuota de responsabilidad. Busco reflejar la dificultad para establecer un parteaguas que nos indique, por usar la expresión de Zavalita en la novela de Vargas Llosa *Conversación en la catedral*, «cuándo se jodió» Occidente. Porque si la crisis deriva de una decisión tras el 11-S, ¿empieza entonces el malestar en el 11-S?

Si tiramos de ese hilo, podemos seguir preguntándonos por la génesis del terrorismo islámico. Y ahí entrarán consideraciones que para algunos remitirán a la Guerra Fría y la geopolítica mundial de la etapa de los bloques, y otros incluso podrán mencionar el Acuerdo Sykes-Picot de 1916, por el que las potencias coloniales Francia y Reino Unido trazaron artificialmente las fronteras de un Oriente Próximo hoy en ebullición. La historia es un continuo en el que nada es neutral en el desarrollo de los acontecimientos. Pero sí es cierto que hay tendencias globales de fondo que pueden resumir bien la fuerza principal de los cambios más allá de las coyunturas. Me centraré en las que yo considero son fundamentales.

Cuando Günter Schabowski, portavoz del Gobierno comunista de Alemania Oriental, salió a dar la rueda de prensa en noviembre de 1989, no era consciente de lo que iba a desencadenar. Si no, habría llevado mejor preparada la rueda de prensa ante periodistas internacionales. El SED (el partido único de la RDA) había tomado algunas medidas que abrían la mano a reformas políticas. To-

dos recordamos las imágenes de la manifestación de días previos en las calles de Berlín oriental, cuando los asistentes a la conmemoración del XL Aniversario de la RDA gritaban consignas a Gorbachov, secretario general del PCUS y líder de la URSS, presente en el palco de autoridades junto a Erich Honecker. Con su «¡Gorbi ¡Gorbi!», los ciudadanos de la RDA señalaban el camino que querían: reformas como las que Gorbachov estaba poniendo en práctica a través de la *perestroika* y la *glasnost*.

Entre las demandas de la población del país con más informadores de sus servicios de seguridad por habitante del mundo, los ciudadanos pedían que se rebajaran las restricciones de movimientos. Unas restricciones que se visibilizaban en el muro que, primero como valla, dividía la capital histórica de Prusia desde 1961. A una pregunta de un periodista, Schabowski confirmó que los controles se eliminarían. El SED no había especificado cuándo ni cómo, pero el portavoz, a quien el periodista preguntó «desde cuándo» quedaban los controles eliminados, tuteó un improvisado «Eh..., desde ahora mismo». Ante el pasmo generalizado de propios y extraños, los ciudadanos de Berlín Este comenzaron a llegar a los pasos del muro que llevaban al Oeste. Tampoco se nos olvidan las imágenes de unos desconcertados guardas fronterizos a los que los berlineses orientales les explicaban lo que acaba de decir Schabowski.

La RDA no sobreviviría mucho más tiempo y acabó por reunificarse con su hermana occidental. Tampoco superó el escollo la URSS, que si bien desapareció oficialmente a finales de 1991, todos damos por enterrada en nuestro imaginario colectivo con la caída del Muro de

Berlín en 1989. El mundo bipolar, en tensión constante y con la amenaza de la «Mutua Destrucción Asegurada» debido a las armas nucleares, llegaba a su fin. Occidente había vencido y se quedaba sin su antagonista ideológico. Dado que hablamos de tiranías corruptas, liberticidas y represoras, además de económicamente ineficientes, sólo cabía y cabe alegrarse. Sin embargo, Vladímir Putin, que entonces era un coronel del KGB precisamente en la RDA, dijo en 2005, siendo presidente de Rusia, que la caída del bloque soviético fue «la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX».

En Occidente, el tono de los análisis fue, en general, triunfalista. Estaba extendida la creencia de que la rivalidad con la URSS detraía muchos recursos y energías a un talento y a una prosperidad que ahora podrían dedicarse a mejores menesteres. Y sin duda era cierto. La rivalidad militar y científica, la carrera armamentística o la guerra especial llevaron a un estrés fiscal muy importante a Estados Unidos en las décadas de 1970 y 1980. La sensación liberadora tras la caída de la URSS llevó incluso a que académicos tan reputados como el politólogo liberal Francis Fukuyama hablara del «fin de la historia». Entendía con esta descripción que el futuro de la humanidad, la Historia en términos hegelianos, tenía ya un camino marcado con la democracia liberal y la economía de mercado.

Desde el análisis marxista, el historiador británico Eric Hobsbawm hablaba de un siglo XX especialmente corto. La centuria habría empezado en 1914 con la Primera Guerra Mundial y terminado en 1989 con la caída del Muro de Berlín. Dos posiciones antagónicas, las de

Fukuyama y Hobsbawm, que muestran la coincidencia generalizada que los análisis señalaban en que el final de la Guerra Fría era eso, un final. Con todo lo que ello conllevaba: paz, estabilidad, reducción del gasto militar, nuevos mercados en los que invertir o pérdida de relevancia de la geopolítica, entre otras muchas cosas. Era, en resumen, el sueño ilustrado. Son demasiadas las cosas que desmienten estos augurios, que han envejecido realmente mal.

La URSS era un contramodelo que obligó, efectivamente, a dedicar mucha atención y recursos a una rivalidad insana. Pero dicha rivalidad (y no la URSS en sí) tuvo también efectos positivos. Pensemos en internet, que nace del miedo de los militares estadounidenses a que las comunicaciones estén centralizadas y sean un objetivo fácil de atacar para la URSS. Los técnicos del Pentágono diseñaron un sistema en red que albergara en distintos nódulos diseminados la información y las comunicaciones. Otros muchos ingenios de la técnica y la medicina que hoy disfrutamos han nacido de esta rivalidad. Esto no es algo privativo de la Guerra Fría. Por ejemplo, la quimioterapia se descubre después de que los médicos comprobaran el efecto reductor del gas mostaza del enemigo en la linfa de sus soldados.

Sin embargo, no es a estos elementos tangibles a los que doy más relevancia, sino a la inmaterialidad de un exceso de confianza que nos ha hecho cometer muchos errores como sociedades libres y democráticas. La existencia de la URSS obligaba a pensar en términos estratégicos, y tras la desaparición del bloque soviético no supimos encontrar el sustituto virtuoso que nos empujara

a seguir haciéndolo. He hablado antes de ebriedad intelectual, y creo que el sintagma se amolda bien a lo que expongo. Hubo cierta soberbia cegadora, algo que produjo dos efectos perniciosos y que se retroalimentaban: expectativas irracionales y confianza desmedida en la inercia positiva de la historia. Habíamos ganado, llegado a la estación de destino, podíamos relajarnos. Craso error.

Llegó la década de 1990, ya casi recordada con el mismo aire mítico de los felices 1920. Las bolsas subían, la democracia liberal se esparcía por el mundo, se conquistaban nuevas cotas de prosperidad en países anteriormente subdesarrollados o en vías de desarrollo. La clase media crecía y los pobres disminuían por millones al año en casi todas las regiones del mundo. Es en este contexto en el que la ONU se propuso unos Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), cristalizados en una propuesta en 2000 que se planteaba unos retos para 2015 que, hoy lo sabemos, quedaron muy por debajo de las expectativas. Los ambiciosos OMD son un síntoma de ese optimismo inmoderado de la década posterior a la caída del Muro.

Es injusto hacer un análisis crítico retrospectivo. En esa actitud excesivamente optimista cayó la mayoría. Si ahora lo defino, no es con afán justiciero, sino para intentar comprender y evitar en lo posible que volvamos a caer en, valga la contradicción, utopías liberales que tanto daño hacen al liberalismo. Pero los síntomas estaban ahí, y hubo quienes sí alertaron de ellos. Especialmente interesante me resultó la lectura de *La corrosión del carácter*, un ensayo del sociólogo estadounidense Richard Sennett que nace de un artículo académico de 1994. Sennett compara locales comerciales de los años sesenta y de

los noventa, habla con trabajadores —algunos padres e hijos que han heredado la empresa— y advierte un cambio en la relación del hombre con el trabajo que, como advierte el título del libro, ha generado más insatisfacción que liberación. A pesar de las mejoras tecnológicas.

La gran virtud del libro es la fecha en la que Sennett hace sus observaciones. Sus conclusiones son muy matizables, porque es innegable el efecto positivo que ha tenido para la humanidad que hayamos podido liberarnos de las tareas mecánicas más penosas y arduas. Pero lo traigo a colación porque, aun en su desmesura reflexiva final, pone el dedo en la llaga de un problema general que ha contribuido ampliamente al malestar que trato de analizar. Se trata de la influencia de la revolución tecnológica en la relación del ser humano consigo mismo y su propio papel en el mundo. Esto afecta a cuestiones que van más allá del salario, la renta o el precio de la vivienda, que apelan a cuestiones profundas del ser humano, valores, atavismos y costumbres antropológicas que, ebrios de triunfo, quizá dimos alegremente por superados.